

Pascual Carrión y la Reforma Agraria



OCHENTA y cinco años cumpliría en noviembre Pascual Carrión, muerto la semana pasada en Valencia. Allí vivía, en un piso de la avenida de Navarro Reverter, desde que en 1961 se jubilara de su destino en la Estación de Viticultura y Enología de Requena, adonde había ido a parar después de su proceso de depuración. En este proceso perdió su puesto en la Escuela Especial de Ingenieros Agrónomos (cátedra de Economía Política y Economía Agraria) y el cargo de jefe del Servicio de Enseñanza y Divulgación del Instituto de Reforma Agraria, además de la libertad durante varios meses.

El nombre de Pascual Carrión es en España casi sinónimo de reforma agraria. Todos los que han escrito sobre el tema pasan la inexorable aduana de dos libros ya clásicos de Carrión: "La Reforma Agraria, problemas fundamentales" (1931) y "Los latifundios en España" (1932). Pascual Carrión tenía motivos para conocer el tema de manera práctica y teórica. Publicista de los problemas agrarios aun antes y después de terminar su carrera de ingeniero agrónomo ("La Tribuna", "El Imparcial", "El Sol", "ABC"...), Carrión tuvo como primer destino profesional (a petición propia) el Catastro de Rústica de la provincia de Sevilla. Allí estuvo cuatro años, que fueron fundamentales para su conocimiento de la problemática agrícola andaluza; es decir, del problema del latifundismo. En esos años, además de sus frecuentes colaboraciones periódicas, asiste a congresos como el Nacional de Ingeniería, en Madrid, el Regionalista Andaluz, de Córdoba, el de la Sociedad de Colonos, de Carmona, etc. En 1921 está ya en Valencia, también en el Catastro. Aquí estudia los cultivos de la región e introduce el cultivo del tabaco. Eso le llevará a ser nombrado en 1926 director de este cultivo en España. De su paso por Valencia queda también la fundación de organismos de defensa y colaboración con los viticultores, como la

Unión de Viticultores de Levante, y más tarde la Confederación Nacional de Viticultores, de la que fue secretario general hasta 1932 y dentro de la cual dirigió la revista "Acción Vitícola". Vocal durante la República de la Comisión Técnica encargada de preparar el proyecto de Reforma Agraria, Pascual Carrión dedicaría a esta tarea todos sus conocimientos y afanes. Sobre el tema, declaró a Antonia Benito en TRIUNFO (número 618): "El proyecto que elaboramos tendía en primer lugar no a expropiar las fincas, lo que suponía una valoración, una indemnización y demás, sino a ocupar las fincas que tuviesen una extensión mayor de trescientas hectáreas en secano; mayor extensión cuando se trataba de dehesa, y menos cuando era de viñedos, olivos, etcétera...". Aquella Ley no se aprobaría, con modificaciones, hasta septiembre de 1932. A finales de diciembre de 1934 había expropiadas algo más de quinientas fincas. El proceso se paró en el "Bienio negro" y se puso en marcha en 1936.

Cuarenta años después, Pascual Carrión seguía estudiando el tema de la reforma agraria. Acerca de ello, decía Arturo López Muñoz en TRIUNFO (número 466): "La fuerte emigración de estos últimos años obliga a variar fundamentalmente algunos de los objetivos de la reforma agraria, tal como se pensó hace cuarenta años; ya no puede pensarse, en general, en parcelaciones o en el 'reparto' concebido en términos tradicionales; habría que orientar cada vez más el proceso hacia fórmulas cooperativas o colectivas, únicas bajo las cuales, hoy, dadas las nuevas circunstancias de la economía española y las nuevas exigencias técnicas, es posible garantizar a los jornaleros y campesinos beneficiarios de la reforma, una determinada rentabilidad y continuidad en la explotación de la tierra. Seguir pensando en los mismos supuestos y soluciones de hace cuarenta años carece hoy, en gran parte, de sentido". ■ V. M. R.

Adios al "modelo sueco"

DURANTE cerca de medio siglo, la democracia socialista ha gobernado en Suecia: ha caído el domingo en las elecciones generales. La socialdemocracia ha transformado enteramente el contexto social del país y ha influido notablemente en Europa y en el mundo. La creación del "modelo sueco" ha llegado a fascinar a economistas y políticos: cómo, sin destruir unas bases institucionales de tradición —la Monarquía—, sin siquiera nacionalizar, sin destruir el capitalismo clásico, se ha llegado a una sociedad igualitaria, sin paralelos, probablemente, en el mundo, con la excepción de China, la de Argelia, quizá algún otro país; pero en esos países ha sido implantada por la vía de la revolución, que no ha sucedido en Suecia.

Los datos que tenemos en el momento de redactar estas líneas no son suficientes para evaluar la

tarse unidos a las elecciones. Cuidarán, sin duda, de no deshacer esos puntos de acuerdo mínimo.

Para la izquierda europea, a pesar de las críticas de los más radicales a un sistema sueco que les aparecía como demasiado moderado, es una pérdida considerable. Olof Palme estuvo siempre del lado de la izquierda en todos los asuntos internacionales, y a veces más que partidos más radicales.

Pero para lo que representa una verdadera catástrofe es para lo que se ha estado llamando "modelo sueco". La irradiación de lo que parecía una sociedad perfecta, el modelo a imitar, ha quebrado por sus propios beneficiarios.

Puede existir, sin duda, la paradoja de que al crear un mayor bienestar en estos cuarenta y cuatro años, y una sociedad opulenta, con lo cual ha nutrido las filas de una burguesía acomodada que ahora

Eduardo Haro Tecglen

importancia de la catástrofe sucedida a Olof Palme. Se habla de 181 diputados para el frente burgués, encabezado por el centrista agrario Thrbjorn Falldin, y de 168 para los socialistas y los comunistas, que no son aliados suyos —incluso la socialdemocracia es muy anticomunista—, pero que desde las elecciones del año pasado, en las que la izquierda sólo consiguió un equilibrio de diputados que la permitiera seguir gobernando, votan con los socialistas.

Se trata, por lo tanto —aunque haya correcciones en estas cifras cuando se tengan los resultados definitivos—, de una mayoría suficiente para gobernar. ¿Para destruir la obra de la socialdemocracia? No hay que creerlo. Los "burgueses" no pueden llegar a este extremo. La solidez de una serie de sistemas igualitarios es muy fuerte, y tampoco tratan los centristas que dirigen la coalición de cambiar la sociedad, aunque alguno de sus aliados pueda exigirselo. La realidad es que la coalición, ahora gobernante —centristas, moderados, liberales...— no se han entendido nunca entre sí más que en los suficientes puntos como para presen-

ha obtenido un pensamiento conservador: quizá la era de los esfuerzos, el punto de arranque, se ha podido olvidar en estos cuarenta y cuatro años transcurridos desde que los socialistas demócratas se instalaron en el poder y esta caída de ahora, que les arroja a la cima de la oposición. De la que pueden volver a salir en las próximas elecciones.

"En ningún otro país de Europa, dictaduras aparte, se encuentra un sistema de partido único comparable con el nuestro. La socialdemocracia y el Gobierno deciden todo por nosotros: dónde y cómo debemos habitar, lo que tenemos que comer, cómo debe educarse a nuestros hijos, lo que debemos creer o pensar: todo. Es el momento de cambiar de Gobierno: es absolutamente anormal que un solo partido se mantenga en el poder cerca de medio siglo". ¿Ha pagado Suecia su bienestar a cambio de una sordidez en la administración de sus libertades? La frase anterior es de Astrid Lindgren: sus cuentos infantiles son famosos. Quizá no se hubiese pronunciado nunca si Astrid Lindgren no hubiese encontrado en su buzón un sobre de la Ofi-



Olof Palme saluda al líder del partido del centro, Thorbjörn Fälldin: llegó la hora del relevo.

cina de Recaudaciones reclamándole impuestos que equivallen al 102 por 100 de sus ingresos (o de lo que había declarado como ingresos). Poco antes, Ingmar Bergman —el hombre más conocido de Suecia en todo el mundo— había huido del país para no pagar. Ha tenido que votar por correo, y aun se dice que probablemente habrá votado a los socialdemócratas, a pesar de todo. Con otra exiliada económica: su actriz favorita, Bibi Andersson. Esas figuras han sido la base de propaganda de una campaña electoral reñida: el asalto de los "partidos burgueses" al largo poder socialdemócrata. Un poder mantenido por la vía electoral durante, en efecto, cuarenta y cuatro años; ganó las elecciones de 1932 y no las volvió a perder nunca más. Pero hay que explicar bien que este "régimen de partido único" no es tal: las elecciones son libres, la prensa es libre, el Parlamento es soberano y las urnas son sagradas. No hay trampas. Hay un permanente desafío a los ricos. Sin abandonar por ello el régimen capitalista.

Y hay un permanente desafío a los Estados Unidos. Olof Palme ha dado asilo en Suecia a los desertores de Vietnam; ha permitido que se celebrase en su país la larga Sesión del Tribunal Russell, condenando a los Estados Unidos por crímenes de guerra. Y ha apoyado abiertamente la intervención cubana en Angola. Desmontar a Olof Palme del poder es un viejo sueño de Washington. Pero Suecia no es un país de opereta ni una dictadura del Tercer Mundo. Es una de las naciones más estables del mundo, y la socialdemocracia ha llevado al país a un nivel de vida envidiable y

envidiado por todo el mundo. La renta por cabeza es más alta que en los Estados Unidos. Es uno de los países de Europa a los que no ha alcanzado la crisis monetaria ni la inflación. El paro está contenido: no pasa de un 1,5 por 100 de la población, y los parados están sostenidos por unos subsidios que no son limosnas, sino pensiones con las que pueden vivir en excelentes condiciones. Aunque haya que retenerse de sus ingresos a Ingmar Bergman, a Bibi Andersson, a Astrid Lindgren, Ingmar Bergman no pagó sus impuestos (o declaró menos ingresos que los reales) y fue detenido: ha dicho que sus impuestos sólo servían para alimentar "a la burocracia galopante, que es el cáncer que devora el país"; Bibi Andersson ha dicho que la Policía era solamente comparable a la de los nazis.

En estas elecciones, el "modelo sueco", establecido a lo largo de cuarenta y cuatro años, ha sufrido el mayor desafío de su historia. Ya en las anteriores los partidos socialistas y los "burgueses" (del centro a la derecha) quedaron empatados, y Olof Palme ha estado gobernando sin mayoría parlamentaria. Se han movilizado esta vez todas las fuerzas. Los partidos burgueses —no es un calificativo nuestro: se les llama así en Suecia— han creído que era su última oportunidad. Perdiendo estas elecciones, perderían el poder durante otro medio siglo... Y, según ellos, perderían la oportunidad del capitalismo.

Han esgrimido todo. Una de sus armas principales: el peligro nuclear. La oposición, dirigida por Thrbjörn Fälldin, ha conseguido llevar la campaña a ese terreno peli-

groso. Si en otros países de Europa —España incluida— la implantación de la energía nuclear está favorecida por el capitalismo y atacada por la izquierda, en Suecia pasa lo contrario. La campaña de nuclearización es gubernamental: la oposición insiste, como insiste la izquierda en los otros países, en que "pone en peligro las vidas de las generaciones futuras". "No podremos dominar nunca los peligros que representa la energía atómica: la Humanidad se ha introducido en un área que no le pertenece", dice Fälldin, jefe del Partido del Centro, que dirige la oposición (90 diputados en las elecciones anteriores: segundo, después del socialdemócrata). Fälldin pretende no sólo detener el programa de energía nuclear, sino desmantelar las centrales nucleares actualmente en función. Son cinco reactores: Palme quiere elevarlos a 13 en 1985. Pero las encuestas de opinión pública manifiestan que hay una oposición a este plan en la población, y la derecha lo utiliza. La idea de Palme es la de que en el futuro sólo la energía nuclear permitirá acrecentar el nivel de vida y que todos los países que no lo vean así serán víctimas no ya de la especulación política y económica sobre el petróleo, como ahora, sino de su escasez real. A lo que se le responde que se prefiere un poco menos de bienestar y algo más de seguridad. Si se puede dudar de que haya un país que esté harto del bienestar, ahí están ese montón de suecos para demostrarlo a través de sus votos que dan el triunfo.

Naturalmente que el problema de la nuclearización enmascara otros. El miedo a que el socialismo avance más en su camino. La socialdemocracia sueca —que es decididamente anticomunista y que dedica gran parte de su Policía a la persecución de complotos comunistas— ha sido, hasta ahora, moderada. Sólo un 5 por 100 de la actividad económica del país está nacionalizada: lo demás pertenece a la iniciativa privada y hay grandes industrias, grandes ricos. Claro, que para todos ellos la situación es siniestra: es la industria privada la que "crea", la que inventa, la que se expone... y es el Estado el que se lleva los beneficios, o una parte importantísima de esos beneficios. La nacionalización expondría al Estado a sus propios riesgos: podría perder. Ahora, sólo puede ganar. La idea de que esos beneficios que recoge el Estado sean para la comunidad, porque el Estado son todos los suecos, y que con ello se haya conseguido la sociedad más igualitaria del mundo (después de las de los regímenes comunistas y, según los socialdemócratas, por encima de muchos países comunistas) les interesa escasamente.

Su temor ante estas elecciones era el de que Olof Palme pudiera obtener la mayoría confortable que le faltaba y proceder a un paso más en el camino del socialismo. Este tipo de socialismo requiere, efectivamente, una burocracia, o no se ha sabido inventar hasta ahora una forma de llevarlo adelante sin una burocracia omnipotente. La burocracia aumentaría con los proyectos de Palme de unas nacionalizaciones disfrazadas (el proyecto Meidner: una creación y un estímulo a los fondos de los asalariados para la adquisición —rescate— de las sociedades), que los capitalistas temen y que al mismo tiempo arroja una cierta inseguridad sobre una parte de la población: la que cree que los industriales "saben" dirigir sus empresas. Otro proyecto de Palme, el de la disminución del poder de decisión de los jefes de empresa, actúa en el mismo sentido.

Naturalmente que a quien más preocupa esta introducción en un socialismo más avanzado es a los industriales y a los jefes de empresa. Incluyendo a los pequeños propietarios. Curiosamente, el bienestar sueco conseguido por la socialdemocracia ha aumentado esta pequeña derecha que se gusta llamar centro —como en todas partes—: ha acrecentado la burguesía, y estos burgueses están ahora mucho más lejos del "poder obrero" que hace un par de generaciones, cuando los obreros eran ellos mismos y votaban a los socialistas para elevar su nivel de vida.

Burocracia, centralización, aventurismo, exceso de socialización, miedo a la energía nuclear, han sido los fantasmas muy hábilmente evocados y sostenidos por los tres grandes partidos de la coalición de derechas, por los "burgueses". Divididos entre sí, pero unidos en la coyuntura. Estos tres partidos son el del Centro, que tenía hasta ahora 90 diputados, antiguo Partido Agrario: de esa filiación campestre se deriva en gran parte la campaña ecológica y el miedo a la central nuclear; el Moderado, que tenía 51 diputados, y es el partido de los ricos o los bien situados, y los liberales, que, como su propio nombre indica, predicaban la libre iniciativa y la concurrencia sin intervención estatal, y que tenían 34 diputados. En total, 175 escaños frente a los 156 de los socialdemócratas. Pero éstos han contado todo el tiempo con el apoyo del pequeño Partido Comunista, con 19 escaños, sin llegar a una coalición, de forma que hasta el domingo la división entre derecha e izquierda estaba cifrada en 175 escaños cada uno de un total de 350. Desde ahora sólo son 349: se ha buscado el número impar para evitar que surja otra vez el empate y, por tanto, la dificultad de gobernar. ■